

Eric DE LÉSÉLEUC  
**Les «Voleurs» de Falaise**  
**Un territoire d'escalade entre espace public et espace privé**  
Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine, Pessac Cedex, 2004

Si, como defienden algunos sociólogos, el mejor modo de comprender la realidad social es a partir del estudio de lo concreto, de «lo particular concreto» —en términos de K. Marx—, puede decirse que la obra de De Léséleuc ejemplifica fielmente esta proposición. En el trasfondo de las interacciones que se producen en el espacio de un colectivo de escaladores del sur de Francia (Claret), y que son analizadas detenidamente en esta obra, se presume una arena donde entran en juego las distintas posiciones ideológicas y de clases, de hábitos y comportamientos, que definen unas estructuras mucho más globales, las propias de las sociedades modernas avanzadas. A este respecto, el autor de esta obra, que se basa en un estudio etnosociológico sobre dicho colectivo, defenderá que, «lejos de ser fútil, esta actividad [la escalada] es un teatro de preocupaciones sociales que trascienden la propia práctica deportiva».

Esta opinión se entiende en razón de las numerosas experiencias investigadoras desarrolladas en torno a este tema, lo que ha llevado en las últimas décadas a defender la idea, en el seno de ciertos grupos de investigación, de que el montañismo constituye un extraordinario observatorio de la realidad social. En efecto, hemos de pensar que los procesos de cambio social que han experimentado las sociedades modernas

avanzadas están teñidos de una espesa telaraña que sólo nos permite atisbar parte de la luz que se filtra fugazmente entre sus hilos. Por esa razón, parece coherente que tratemos de descubrir esa realidad oculta tras dicha espesura a través de la observación de puntos concretos. El montañismo, por desarrollarse en un contexto cultural cargado de importantes contrastes simbólicos, permite observar con cierta nitidez los procesos de cambio y estructuración social.

Precisamente, ésta es la razón que ha motivado desde principios del siglo XX, aunque, sobre todo, en sus postrimerías, la creación de un amplio número de centros y grupos de investigación para el estudio de aspectos relativos a la montaña y al montañismo, que parten de este presupuesto. Cabe mencionar la trascendencia que, por los resultados de sus investigaciones en este sentido, han tenido el Institut de Géographie Alpine (fundado en 1908 en el seno de la Université de Grenoble I “Joseph Fourier”), el Centre Interdisciplinaire Scientifique de la Montagne (adscrito al CNRS desde 1990), el Institut de la Montagne (perteneciente a la Université de Savoie), el Istituto Nazionale per la Ricerca Scientifica e Tecnológica sulla Montagna (organismo autónomo del Ministero dell'Università e della Ricerca Scientifique e Tecnológica de Italia), el Center for Mountain Studies

(en la University of Highlands and Inlands), The Mountain Institut (creado en 1978 y ubicado en Washington D.C.), el Observatoire des Pratiques de la Montagne et de l'Alpinisme (OPMA, creado en 1998 en el seno de la Federación Francesa de Alpinismo) y, por último, la Reséau des Cherchers et Experts en Sport de Nature et de Montagne (que es la más importante asociación de investigadores sobre este tema). También son numerosas las plataformas para el desarrollo de las zonas de montaña que trabajan en red a nivel internacional, y no menos importantes son las numerosas revistas científicas especializadas y las publicaciones que tienen lugar hoy en torno a esta cuestión, entre las cuales merece destacar una obra de indudable pertinencia, cual es la coordinada por J.C. Pont y J. Lacki, *Une cordée originale. Histoire des relations entre science et montagne*.

Este es el marco académico y de investigación científica en el que se ubica la obra de De Léséleuc, que además es profesor titular de la Facultad de Ciencias de la Actividad Física y el Deporte en la Université de Montpellier I. El autor, si bien se inspira en su experiencia previa como deportista y guía de montaña, encuentra el verdadero resorte intelectual en la tradición francesa que inició a principios de los ochenta, desde la sociología y la antropología del deporte (encabezada principalmente por Ph. Bourdeau, B. Amy y G. Rotillon, J. Corneloup y O. Hoibian), el estudio de la montaña y el montañismo como un observatorio de la realidad social. Con esta fuente de

referencia y con la ayuda de Jacques Gleyse (uno de los máximos exponentes del estudio sobre el cuerpo y la actividad física a nivel internacional), desarrollará su tesis doctoral, que lleva por título «*Voler*» et Donner... *Ethnosociologie d'un «lieu anthropologique»: le site d'escalade de Claret*, en la cual se basa su obra.

Dicho esto, conviene hacer referencia a la posición epistemológica y al marco metodológico sobre el que se apoya esta tesis doctoral. En primer lugar, el encuadre en el que se ajusta el análisis tiene un marcado carácter socio-antropológico, rasgo característico de la investigación social en la tradición francesa, sobre todo entre aquellos seguidores de las obras de Bourdieu y Levi-Strauss. En correspondencia con ello, predomina en todo el estudio el análisis micro-sociológico (que tiene como especial referencias a M. Mauss, M. Augé, A. Caillé y M. De Certeau), si bien no pierde de vista en ningún momento la perspectiva macrosociológica de la realidad que estudia. A este respecto, De Léséleuc apuntará que, si bien «en un primer momento, la singularidad de las conductas que se producen en Claret podrían estar referidas a una dinámica social de carácter general [...] este trabajo de investigación se realiza desde una aproximación microsociológica para esclarecer más específicamente aspectos sobre la vida cotidiana, a través del estudio de un grupo restringido de escaladores y de sus relaciones con un espacio de práctica determinado» (pp. 16-17). Esto, desde un punto de vista metodológico, se concreta en lo que él

mismo denomina una “*mirada micro-analítica*”, es decir, una perspectiva que conjuga un análisis etnológico con otro sociológico, y ello lo hace sobre el postulado de la “no-reductibilidad del actor a las leyes del sistema”, en el sentido de Berthelot.

En segundo lugar, dicha perspectiva de análisis se materializa a través del trabajo de campo, que en este caso se desarrolla en la zona de escalada de Claret, principalmente mediante observación participante, aunque también a través de entrevistas no dirigidas y el análisis de contenido (concretamente el análisis temático de relaciones por oposición) de los discursos emergentes a través de estas entrevistas y de los producidos en otros documentos por parte de los propios escaladores. Lo que hace él es definir una serie de áreas temáticas y metáforas contenidas en las emociones expresadas por los escaladores a través de los discursos (la emoción del vuelo y la escalada, la emoción estética del paisaje y la emoción de estar juntos) y en sus diversas interacciones (sobre el espacio, sobre el grupo, sobre el mundo), para identificar su sistema de representaciones sociales dentro del grupo.

He de admitir que esta labor debe de haber resultado especialmente dura en el caso concreto del autor, debido a haberse encontrado en su vida personal directamente vinculado con la práctica de la escalada y, concretamente, con el colectivo que estudia aquí. Sin embargo, él, consciente de ello, se previno de posibles sesgos evitando personalmente la empatía hacia el grupo como escalador y ocultando en todo momento

al colectivo que estaba desarrollando un estudio sobre sus comportamientos. Es decir, para garantizar la validez de la información obtenida en su estudio, se camufló bajo una máscara que impedía a los escaladores descubrir su posición de investigador social, a la vez que lograba integrarse entre éstos como un escalador más. Como él mismo señala, en la observación participante, «*participar* significa integrarse en el grupo» (p.52). Además, esta posición *enmascarada* tiene un valor añadido, en tanto que las observaciones están desarrolladas sobre una doble posición (sujeto observado, o escalador en este caso, y sujeto observador, o investigador social), lo que constituye una dimensión auto-reflexiva.

El punto de partida o la hipótesis central de su tesis gira en torno a la idea de que en las sociedades modernas avanzadas los individuos, lejos de aislarse del mundo, necesitan integrarse en grupos más grandes con los que se identifican por las inquietudes que comparten con ellos, los intereses profesionales o laborales, los vínculos emocionales e ideológicos. En fin, de ello nos ha hablado mucho Maffesoli. En estas sociedades, cada grupo se posiciona ante el mundo que le rodea legitimando las estructuras o reaccionando contra ellas, dependiendo del tipo de valores que predomine en su seno. De Léséleuc estudia qué ocurre en el seno de uno de estos grupos, concretamente entre los escaladores asiduos a una zona de escalada del sur de Francia llamada Claret. Y descubre que se trata de un grupo que podríamos considerar completamente postmoderno, es decir,

que reacciona contra el proyecto de la modernidad de una forma revolucionaria, a saber: retomando pautas pre-modernas, a la vez que innovando un proyecto inédito. Estos resultados revelan un sugerente conocimiento sobre la postmodernidad, obtenido a través de la investigación aplicada, al mismo tiempo que demuestran cómo el estudio de lo concreto puede ayudarnos a concebir realidades más amplias —como bien nos enseñó Simmel—. Asimismo, confirman el interés que el montañismo tiene para la comprensión de los procesos de cambio y estructuración social.

En esta idea me gustaría profundizar ahora, no sólo para intentar legitimarla, sino, sobre todo, para comprender la importancia que tiene la investigación realizada por De Léséleuc ante el conocimiento de la postmodernidad. El estudio de este autor se desarrolla sobre la concepción de que el proyecto de la modernidad, como hemos dicho, ha llevado a ciertos individuos a posicionarse de forma reaccionaria de manera agrupada. Partiendo de ello, entre estos grupos, los escaladores, como otros practicantes de los deportes californianos (surf, parapente, BTT, etc.), son uno de los más representativos. Debido a su posición ante el mundo, los escaladores, en este caso concreto los asiduos de la zona de escalada de Claret, han hecho de un espacio público (un espacio natural en el que abundan las paredes abruptas) un lugar privado, en el que impera un sistema de vida completamente diferente al que predomina en la Sociedad (de la que forman parte). En efecto, como

apunta el propio autor, «la dimensión privativa no evoca aquí de ninguna manera una regla de derecho, sino un sentimiento de pertenencia a un grupo y a un lugar». En este grupo y en dicho lugar las “fronteras” las dibuja el espacio, que es mucho más que un *espacio geográfico*: se trata de un *espacio de juego*, en el que se practica una determinada actividad, pero también es un *espacio normativo*, ya que en él existen sanciones y recompensas en base a una serie de actitudes y símbolos aceptados o rechazados por la mayoría, y un *espacio de identificación*, por cuanto que quien es aceptado en él forma parte de un grupo (los *Claretmans*). Es decir, su Grupo surge como un proyecto genuino que reacciona contra el modelo social dominante, como “contra-emplazamiento” —en términos de Foucault—. Este nuevo proyecto social se basa de una manera abrumadora en un sistema de intercambio basado en el *don* (es decir, un sistema de obligaciones que une a un grupo), que en este caso es violento, por cuanto excluye tajantemente a todo aquel escalador que no acepte sumisamente dicho modelo. Por tanto, este nuevo “espacio apropiado” se convierte ahora en un espacio privado, pero cuya privacidad remite ahora a una individualidad conjunta, o, de otro modo, a un público limitado.

Por último, en este estudio que realiza De Léséleuc se echa de menos un análisis más profundo sobre el modo de estructuración que tiene lugar en el colectivo que se estudia. Parece ser que funciona de manera autárquica, no existiendo una jerarquía clara, más que por el hecho de que se forme parte

del grupo o no (por ser foráneo), y por la antigüedad del miembro dentro del grupo. Sin embargo, podría pensarse que otros rasgos primarios, como el carisma y la fortaleza del escalador, podrían influir decididamente en una cierta estructura jerárquica dentro del grupo. Junto a ello, al autor le sugeriría que avanzara en el análisis de esas relaciones conflictuales que surgen en la delimitación del espacio de juego, el espacio normativo y el espacio representacional, de esta zona de escalada, por parte del grupo que ha surgido en ella (los *Claretmans*), a través de la teoría del conflicto de R. Dahrendorf, porque ello probablemente le permitiría arrojar aún más luz sobre el conocimiento de la cultura postmoderna. Sé que Dahrendorf funda su

análisis en las estructuras jerárquicas, concretamente, en la distribución de los roles y las posiciones de poder en el seno de las sociedades modernas, pero las tesis fundamentales de su obra son atemporales, en la medida que tiene una concepción dinámica de la sociedad. En cualquier caso, estoy convencido de que en los próximos años tendremos oportunidad de encontrarnos con nuevas investigaciones y tesis doctorales que, si no es en torno a este objeto concreto, sí sobre otras cuestiones particulares, nos aportarán un mayor conocimiento sobre el conflicto en el seno de la cultura postmoderna.

DAVID JESÚS MOSCOSO  
*IESA-CSIC, Córdoba*